

ALEJANDRA ALCAYAGA

EL ATAJO DE LA SOMBRA

Avajo Iluminado

EL ATAJO DE LA SOMBRA

Alejandra Alcayaga Araya



PRIMERA EDICIÓN

Octubre 2017

Editado por Aguja Literaria

Valdepeñas 752

Las Condes - Santiago - Chile

Fono fijo: +56 227896753

E-Mail: agujaliteraria@gmail.com

Sitio web: www.agujaliteraria.com

Página facebook: [Aguja Literaria](https://www.facebook.com/AgujaLiteraria)

ISBN: 9781973148975

DERECHOS RESERVADOS

N° INSCRIPCIÓN: 276.870

Alejandra Alcayaga Araya

El Atajo de la Sombra

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

TAPAS

Imagen de portada y diseño: Fernando Alcayaga

DEDICATORIA

Perdidos en nuestra soledad nos encontramos un día en la Biblioteca Nacional de Santiago, tu cuerpo revelaba cansancio, tu rostro desconsuelo. Para animar aquel hallazgo accidental, hice hincapié en lo cerca que estaba de rendir mi examen de grado y así titularme de abogada. Solo tú podías entender esa angustia que me atormentaba.

Aquella tarde dijiste lo que una sobrina necesitaba escuchar: "Alcanza tu meta, ya estás en el final". Me plantaste la realidad a diez centímetros, tus palabras calaron hondo en mi decisión de luchar cuanto fuera necesario... Y así lo hice.

Tu amor por el arte y las letras, el derecho, el ajedrez (algo que nunca aprendí), me hicieron admirarte. Muchas veces tu rebelde e incomprometido comportamiento dejaba un sabor amargo en la familia, pero también nutrías con esa particular visión sobre la vida a los presentes.

El tiempo pasó, enfermaste; la primera reacción fue de orgullo, de no aceptar ayuda o compañía. Lo entendimos, mas no lo aceptamos; sin embargo, el azar es generoso y nos regaló otro de esos encuentros accidentales, esta vez en un vagón del metro. Miré tus ojos y te vi disimular el dolor; tan solo fueron dos estaciones, no sabía que sería la última vez que te vería con vida, y entonces, fui yo quien te sorprendió con un... te quiero, nunca lo olvides.

Dedicado a ti... Jorge Araya Folatre.

ÍNDICE

CAPÍTULO I

Un verano en los 90

CAPÍTULO II

Encuentros

CAPÍTULO III

El viaje

CAPÍTULO IV

Dhaniavad

CAPÍTULO V

El regreso

ACERCA DE LA AUTORA

Ella pudo encontrarse en cualquier lugar.
Algunos quieren darse cuenta... otros no.

CAPÍTULO I

Un verano en los 90

Las agujas del reloj marcaban las ocho de la mañana cuando me levanté de la cama para ver el calendario detrás de mi puerta. Era 10 de febrero de 1996, día en que mi abuela Hilda estaba de cumpleaños.

Abrí la puerta y caminé silenciosa por el pasillo del segundo piso. Escuché a lo lejos a mis padres que preparaban el desayuno. Bajé por la escalera de caracol que conectaba los dos pisos y me uní a la tertulia matutina para después ir a visitar a mi abuela.

Desde que murió, era costumbre ir al Cementerio General de Santiago el día de su cumpleaños, pero tengo un tema no resuelto con eso de visitar muertos. Desde pequeña me inquieta esa tradición de encerrar un cuerpo en un ataúd. Benja, mi hermano pequeño, alguna vez me dijo: "Mira, ya está en el cohete y se va a ir al espacio para no volver nunca más". Claro, era delicada su visión, aun así, esos ritos sin liberación me producen claustrofobia (como si un muerto pudiera sentirla).

No sé a dónde se dirige nuestro cuerpo ni qué sucede con nuestra existencia, pero me llama la atención que intentemos conservarlo como si alguien quisiera arrebatarlo para hacernos pagar por los malos actos que cometemos en la tierra. Siento que nuestra alma es lo que debemos de cuidar y nutrir, se supone que es lo que nos acompañará por la eternidad... lo que trasciende.

Llegamos al cementerio junto con mis padres y mi tío Rodrigo, el hermano menor de mi madre. Lo primero que hicimos fue comprar un racimo de rosas azules que tanto le gustaban a mi abuela Hilda. Al entrar al cementerio, comenzamos a caminar en dirección a su tumba.

El Cementerio General fue el primer cementerio público que hubo en Chile, fundado en el año 1821. A lo largo de su historia se convirtió en una especie de ciudad -necrópolis- con sus propias reglas, calles, plazas y monumentos. En un principio solo albergaba a católicos, pero abrió sus puertas a otro credo en 1854, cuando los protestantes lograron la cesión de un sitio al costado poniente del

panteón general, lugar que llamaron "Patio de los Disidentes N° 1". Cuando lo conocí, me pareció entrar a un jardín secreto, encerrado entre murallas grandes con una pequeña puerta para ingresar.

Sus tenebrosas historias cuentan que los cuerpos de los disidentes eran sacados en las noches para tirarlos como basura fuera del cementerio, pues pensaban que contaminaban a los católicos. Al parecer un católico con publicidad pudo ser una mierda de persona, pero iba todos los domingos a la iglesia a pegarse en el pecho, y tenía otorgado el privilegio de descansar en un nicho protegido. En contraposición un protestante podría ser el mejor ser humano del mundo, no ir a misa ni golpearse el pecho, pero debía ser enterrado en el patio de los disidentes con la alta probabilidad de que en la noche sacaran su cuerpo. Por suerte en 1883 —algo tarde—, Domingo Santa María promulgó la Ley de Cementerios Laicos que daba igualdad a los seres humanos en su sepultura... Peores cosas se vieron en la Inquisición y las Cruzadas.

Entre las cosas interesantes que almacena ese lugar, está su arquitectura, las esculturas y el misterio intenso de sus pasillos. Los mausoleos son estilo árabe, egipcio o criollo, todo un popurrí de demostración de riqueza y austeridad. Este cementerio alberga la frialdad de la muerte matizada con piezas de arte celestial que lo adornan. Cuando camino por sus calles, a ratos olvido que cobija cuerpos en descomposición y me centro en la hermosura de estas.

Enredados entre el desfile de tumbas, llegamos al nicho de mi abuela; limpiamos el mini florero, le pusimos agua y lo decoramos con rosas azules. Después recordamos algunas anécdotas del día en que fue sepultada.

No puedo dejar de ponerme triste cuando voy a visitarla, me agobia saber que el ejército de la muerte está acabando con su cuerpo, y ya no se encuentra junto a nosotros.

Mi tío Rodrigo intentó alegrarme y me dijo que viera las cosas desde otra perspectiva. Que pensara que ella había tenido el privilegio de vivir mucho tiempo, cono-

cer a todos sus nietos, y que la muerte era parte de un proceso. Me pregunté que, si seguía esa regla, ¿qué quedaba para todos aquellos que morían injustamente, y los que no tuvieron una vida plena? Entonces nuevamente sentí desconsuelo.

Después de conversar y recordar, caminamos hacia la salida. Mientras avanzábamos, observé que había un grupo de personas frente a un muro grande que tenía tallados muchos nombres. Le pregunté a mi tío por qué estaba esa muralla, y él, muy acongojado, me dijo que era la lista de los detenidos desaparecidos que murieron en la dictadura militar de Augusto Pinochet Ugarte.

No sé si en ese instante comprendí la magnitud de lo que me decía y de lo que había ocurrido en mi país. Mi familia no participaba en actividades políticas y solo tengo recuerdos de que para el plebiscito debía ganar el "NO". Mi recuerdo más potente de esa época son las propagandas que transmitía la televisión en el 88, y lo que quedó grabado en mi mente fue que las del "SÍ" eran un tanto hitleriana, y las del "NO", esperanzadoras.

Después de triunfar el "NO", se percibieron tiempos de cambios y olía a una democracia temerosa que escondía el dolor de un pueblo que exigía justicia. Pero en ese entonces yo me mantenía alejada de la realidad política y mi adolescencia fue marcada por mis propias dolencias.

Luego de visitar el cementerio, fuimos a almorzar al "Quita Penas", un popular restorán ubicado en Avenida Recoleta. Como dicen por ahí, en todos los pueblos del país debe haber una cantina frente al camposanto para que los deudos vayan a pasar las penas. Este lugar de poca monta alberga una historia de casi cien años y es un lugar que todos debieran visitar.

Nos sentamos en una mesa con cuatro sillas de plástico y pedimos lomo a lo pobre, menos mi papá que ordenó un sándwich de pernil. Me llamó la atención la decoración, y en particular, un señor de aspecto roñoso que se tambaleaba de un lado para otro y decía palabras al voleo. Lo vi sentarse ante una mesa, en una silla pegada a la

muralla; llamó al garzón y le pidió un “paró la chala”, mientras hacía un gesto con el dedo bordeando su cuello. Después, mientras bebía el corto trago, se balanceaba con lentitud en la silla y conversaba con su amigo imaginario. Mientras, yo miraba también los cuadros y a los borrachos. La comida estaba buena, pero me parecieron mejores los copetes que servían. De pronto, se escuchó un ruido tan fuerte, que paralizó tanto a los borrachos como a los sobrios. Me giré y el señor ebrio, que usaba la silla como balancín, se había desplomado contra el piso. Después, aparte de alimentar la guatita y reírnos harto, no ocurrió nada interesante.

Demoramos en regresar a casa, pues había un atochamiento de tráfico gigante. Como era costumbre en verano, estaban arreglando la Alameda y habían cortado varias calles. Yo creía que la solución era hacer vías alternativas, y pensaba que Santiago en el dos mil iba a ser supersónico, de seguro que los autos comenzarían a volar. Pero por otro lado, también existía la potente y nefasta idea de que el mundo acabaría.

Cuando conseguimos llegar, mis padres comenzaron a ordenar las maletas para irnos de vacaciones. Siempre nos íbamos el diez de febrero, después de visitar a mi abuela. No sé por qué para mi madre era tan importante llevarle rosas azules el día de su cumpleaños. Quizás fue alguna promesa que le hizo en vida y yo no interrumpiría aquello.

Mi familia era de clase media, común y corriente, con padres que trabajaban en sus profesiones. Pasaron por la crisis del 82 como cualquier mortal; mi papá quedó cesante y le costó reintegrarse al mundo laboral.

Jamás veraneamos en otro lugar que no fuera Concón. Podría parecer que pertenecíamos a una familia acomodada, pero la verdad es que la de mi madre tenía una casona antigua en ese lugar y después de que la abuela Hilda murió la heredaron junto a sus hermanos.

La casona en un principio era de mi abuelo Ernesto, quien la heredó en circunstancias bastante enredadas,

solo sé que no hubo algún tipo de fraude y ocurrió en medio de un trámite familiar engorroso.

Cuando mi abuelo falleció, a los 65 años, producto de un cáncer mal tratado, la casa quedó en poder de mi abuela y sus hijos. Ella falleció muy viejita, a los 91, entonces pasó a sus hijos (cosas de herencias).

Mi abuela me llevaba a la iglesia desde pequeña y yo siempre intentaba comer la ostia, pero cuando llegaba donde el cura, me tocaba la cabeza y me decía algo raro. Siempre pensé que tenía gusto a alfajor de chocolate blanco, pero para mi decepción, cuando tuve el "privilegio" de probarla, era insípida: un total y absoluto fraude.

Desde pequeña asistí a un colegio laico, de modo que no me inculcaron una religión que debiera practicar sagradamente. No creía en eso de tener un cura o una monja inmaculada, sin mancha ni defecto, ¡por favor!, somos seres humanos... Digo esto, porque una vez cuando pequeña, vi al curita del barrio en una actitud sospechosa con mi vecina. Siempre los veía juntos, yo creo que estaban enamorados, pero un cura no puede estar enamorado de una mujer, se supone que ama a Dios... o a Jesús... En realidad no sé a cuál, pero a una mujer no; sin embargo, yo encontraba de lo más normal que amara a una mujer y me parecía que por culpa de la iglesia ellos no podían estar juntos.

Además, me confunde eso de que Dios castiga, encuentro tan extraña esa adoración por la cruz donde torturaron a Jesús... y para qué hablar de las riquezas que acumulan, son inquietantes los lujos de los máximos eclesiásticos. Sin ir más lejos, en Somalia mueren millones de personas de hambre, entonces me pregunto si su misión en la vida es ayudar al prójimo o vivir a costa de ellos.

Lo único que sabía rezar era el padre nuestro, creía en Dios y tenía Fe; no en los santos. Me sabía los diez mandamientos y creía en no hacerle daño a la gente, ayudar a quien lo necesitara y tratar de ser libre, pero que mi libertad no interrumpiera la de los otros. Me costaba sentir esa libertad en mi cuerpo, siempre había una sombra que

me seguía a todas partes, incluso cuando no había posibilidad de que estuviera atrás mío.

Los veranos en Concón son recuerdos que marcaron mi infancia. Como ya dije, desde que estaba en el vientre de mi madre, iba a ese lugar. Nos juntábamos con toda la familia por parte de ella en esa hermosa casona. El que más me marcó fue el verano de 1996.

Un jueves diez de febrero, a las cinco de la tarde, partimos rumbo a Concón con mi papá, mi mamá, mis hermanos Benjamín e Iñaki, y la infaltable Peka, mi perra patiocorta de raza dudosa. En el auto sentí que el camino se me hacía tan largo... Extrañamente, cuando regresábamos, no tenía ni las más mínimas ganas de pisar suelo santiaguino, y el viaje se me hacía más rápido. Era como si de vuelta, fueran menos kilómetros.

Después de unas horas llegamos a Concón. Estaba todo el familión: tíos, esposas, primos y mascotas. La casa era amplia, vieja y crujía mucho. Siempre contaban historias acerca de fantasmas y situaciones extrañas que les había sucedido cuando pequeños, pero a mí nunca me pasó nada, en ese tiempo ni siquiera los fantasmas querían algo conmigo.

Teníamos hartas rutinas en las que participábamos todos. Por las tardes, después de tomar once, mi tío Rodrigo nos contaba sus historias en tiempos de dictadura. Tenía una polola que en aquel entonces había sido detenida en extrañas circunstancias; fue torturada y dejada en libertad a los tres días. Logró escapar de Chile con la ayuda del partido comunista y unos contactos en el extranjero. Mi tío nunca hablaba de ese tema, pero una vez estábamos contando aquellas historias que atormentan el alma y paralizan el corazón; sorprendentemente se abrió y confidenció sobre su gran historia de amor. La familia nunca conoció a Beatriz, porque era un amor clandestino; sabían que había sufrido mucho, y jamás se volvieron a encontrar luego de haberse ido al exilio a Suecia. Después de estar tanto tiempo viviendo separados, ella se enamoró de otra persona, de una mujer; jamás pudo reconquistarla. A pesar de todo lo que

le había ocurrido, me enseñó que en la vida uno puede tener una forma de pensar, una convicción acerca de valores y libertad para expresar lo que en el interior se siente, pero que jamás debe invalidar lo que otra persona piensa.

Al día siguiente de desembarcar en esa casa de miel, a medio día llegó mi tía Carmen del trabajo, era la única que vivía en la casona. Me dio un abrazo enorme, de esos que dejan sin aliento, y me dijo que debía ir al doctor en Viña del Mar, pero que, en la tarde, cuando volviera, le contara alguna de mis historias. Me aplaudía, toda mi vida le importaba, hasta el capítulo más insignificante. Le dije que quería acompañarla, pero me miró con una cara especial y, con voz dudosa, respondió que debía ir sola; sin embargo, le supliqué tanto, que cedió.

El paso de Carmen por esta tierra marcó mi vida, sobre todo el momento en que murió. Teníamos una relación de mucha complicidad, cuando era pequeña me llevaba mejor con ella que con mi madre. Su aspecto físico llamaba la atención porque tenía rasgos duros y el pelo corto como hombre; muy solitaria, se vestía un poco amachada, pero en el interior de ese envase frío había un caramelo. Era una socióloga distinguida y durante mucho tiempo fue directora de una fundación que generaba proyectos de inclusión social. Quedó soltera porque cuando tenía veintitrés años le dijeron que era infértil. Eso y otros asuntos mentales le produjeron una depresión severa y estuvo internada en un psiquiátrico durante tres años; su mayor sueño era ser madre. Después de su estadía en el psiquiátrico, conoció a un hombre que nunca la amó, y el desamor fue su gran compañero. Sus novios eran nefastos, y al que más recuerdo era "el comirón", quien siempre andaba mirando a las mujeres como si se las fuese a comer. Tenía mal ojo para elegir hombres, casi todos querían aprovecharse de ella. Cuando veían que vivía sola en una casa en Concón, creían que era millonaria, pero después conocían al familiar y arrancaban.

La acompañé a la cita con su doctor, así que fuimos al paradero para tomar la locomoción. En el autobús